

BERNARD J. FARMER

**MUERTE DE  
UN LIBRERO**

.....

Con una introducción de Martin Edwards

Traducción de Miguel Alpuente



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2024

Título original: *Death of a Bookseller*

Publicada en 2022 por The British Library, 96 Euston Road, Londres, NW1 2DB, y originalmente por William Heinemann, London en 1956.

© del texto, 1956, William Heinemann  
Volume Copyright © The British Library Board

© de la introducción, 2022, Martin Edwards  
© de la traducción, 2024, Miguel Alpuente  
© de esta edición, 2024, Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán  
Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Pl. Urquinaona 11, 3.º 1.ª izq.  
08010 Barcelona (España)  
[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)  
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-19834-78-2  
Código IBIC: FA  
DL: B 12295-2024

Diseño de interiores y composición:  
Emma Camacho

Impresión:  
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)  
Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

# Introducción

MARTIN EDWARDS

*Muerte de un librero* se publicó por vez primera en 1956 y, por permanecer largo tiempo descatalogada, ha sido durante décadas objeto de búsqueda por parte de los coleccionistas de ficción detectivesca clásica. De hecho, en las raras ocasiones en que un ejemplar con sobrecubiertas y en buen estado aparece en el mercado, suele alcanzar muy alto precio. Esta edición brindará a miles de lectores la oportunidad de descubrir por sí mismos por qué esta novela se ha convertido en título de culto entre los bibliófilos.

Sin duda, en ello desempeña un papel relevante el propio atractivo de las historias policiales, con una trama que en este caso cuenta con una ventaja añadida, dado que su autor, Bernard James Farmer, trabajó como policía antes de convertirse en novelista. Pero Farmer era además un ferviente bibliófilo, y su íntimo conocimiento del universo libresco otorga un aire de autoridad a sus observaciones sobre el comercio de libros antiguos y los profesionales del oficio.

El sargento Jack Wigan está haciendo su ronda cuando se topa con un librero llamado Michael Fisk, quien ha bebido quizá en exceso para celebrar la adquisición de una auténtica rareza: el ejemplar del *Endimión* del propio John Keats, con

dedicatoria de su puño y letra. Los dos hombres entablan amistad y Wigan desarrolla un profundo interés por los libros. Su entusiasmo y conocimientos resultan de inestimable ayuda cuando Fisk es hallado muerto en su estudio con una navaja clavada en el pecho.

La División de Investigación Criminal (DIC) le pide a Wigan que colabore en una investigación durante la cual irán surgiendo diversos presuntos culpables, entre ellos la glamurosa pero amenazante Ruth Brent, agente comercial de un coleccionista de gran determinación y nutrido bolsillo. Por otro lado, existen numerosas pruebas incriminatorias contra el principal sospechoso, Fred Hampton, un individuo agresivo y camorrista al que los colegas de Wigan están muy tentados de «endiñarle» el crimen. Pero el sargento, persona profundamente humanitaria, no está convencido de que sea el hombre que buscan. La justicia y la compasión son para él incluso más importantes que los libros.

Los esfuerzos de Wigan por descubrir la verdad se convierten en una desesperada carrera contra el tiempo, hasta el punto de que la historia puede considerarse, en ciertos aspectos, un «*thriller* contrarreloj» en igual medida que cualquiera de las escritas por el maestro de la novela negra estadounidense Cornell Woolrich. En lo referente a estilo literario, sin embargo, esta ficción detectivesca británica de posguerra, con su humor sutil y diestra factura, presenta mayor semejanza con otro autor de clásicos policiales del Reino Unido: George Bellairs.

Mientras Wigan lleva a cabo sus pesquisas, un criminólogo aficionado llamado Askew le dice: «La gente... piensa que el coleccionismo de libros es un pasatiempo agradable e inofen-

sivo propio de viejos seniles. Y puede serlo, pero no siempre. También puede ser despiadado». No se trata de una exageración. Un caso real de asesinato de gran notoriedad en 2016 presentaba inquietantes paralelismos con esta historia de Farmer, publicada sesenta años antes. Un tratante de libros, Adrian Greenwood, fue asesinado a puñaladas en su casa de Oxford como parte de un plan para robarle una rara primera edición de *El viento en los sauces* valorada en cincuenta mil libras. El asesino, Michael Danaher, fue sentenciado por el juez a un mínimo de treinta y cuatro años de cárcel. Su crimen dio lugar a un documental de televisión y a diversos artículos periodísticos que prometían revelar toda la verdad sobre «el siniestro mundo del comercio de libros antiguos».

Esta novela, repleta de sabiduría libresca, constituye un excelente ejemplo de esa rama del género criminal que Otto Penzler, el editor estadounidense dueño de la librería Mysterious Bookshop, examina en la colección *Bibliomysteries*, que incluye novelas y relatos cortos en los que un libro, una biblioteca, una librería, un coleccionista de libros, un manuscrito o una colección de libros se erigen en elementos sustanciales de la trama.

Bernard James Farmer nació en Maidstone, Kent, en 1902. Si bien no resulta fácil obtener detalles de su vida, me ha sido posible reconstruir diversos aspectos de su incompleta biografía gracias a la valiosa información procedente de su legado y la suministrada por Jamie Sturgeon, Jeremy Carson y John Herrington.

Farmer asistió a la Sutton Valence School, donde en principio sus intereses se decantaron hacia el remo, actividad que

le apasionaría durante toda su vida y que constituyó el tema central de un libro que publicó en 1951. Al salir de Sutton Valence, cursó estudios en el City and Guilds Engineering College de South Kensington, donde obtuvo el título de ingeniero. A la edad de veintiún años comenzó a trabajar en un proyecto de ingeniería en Winnipeg. Allí, un grave accidente en la pierna lo obligó a permanecer en el hospital Kenora durante varias semanas, periodo que aprovechó para enviar al *Saturday Evening Post* un relato corto que resultó premiado. Este éxito acabaría por alterar el rumbo de su trayectoria profesional.

Una vez recuperado, viajó por toda Canadá, a menudo viviendo en condiciones precarias de los trabajos que podía encontrar para sufragar su actividad como escritor. Estas experiencias aparecen retratadas en su primera novela importante, *Go West, Young Man*, publicada en 1936. Farmer fue cuando menos un hombre versátil, con un currículum que lo presentaba como diseñador de maquinaria eléctrica, trabajador en una mina aurífera, fogonero de locomotora, vendedor de seguros y operario de mantenimiento de vías férreas (ocupación que él consideraba uno de los peores trabajos del mundo). Además de todo lo anterior, publicó diversos relatos en la veterana revista canadiense *Maclean's*.

Su primera contribución a la revista *Adventure*, el relato «Black Booty», trataba de la policía montada, y en una nota anexa explicaba que para escribir sobre las regiones septentrionales de Canadá se había basado en las experiencias vividas durante un viaje de prospección al norte de Manitoba. Uno de sus mejores amigos fue policía montado, y Farmer creía que «aunque sobre este cuerpo se ha escrito, y se sigue escribiendo».

do, con un exceso de falsa sentimentalidad, no es difícil darse cuenta de que efectúa una labor real de mantenimiento del orden en regiones en las que, demasiado a menudo, el deber de un hombre para con su vecino depende de en qué medida sus acciones pueden quedar impunes».

Tras regresar a Inglaterra en 1934, conoció a la talentosa cantante y pianista Myfanwy Armon-Jones y se casó con ella, matrimonio del que nacieron dos hijas. En 1936 publicó *Go West, Young Man*, una novela sobre sus vivencias en Canadá. Su segunda novela, *Frozen Music* (1940), se nutre de los años que pasó con su esposa en Essex. Durante la Segunda Guerra Mundial se presentó voluntario para trabajar como vigilante contra incendios en el aeródromo de North Weald, situado cerca de su casa. Terminada la guerra, ingresó en la división J de la Policía Metropolitana de Londres. Posteriormente, trabajó como periodista, novelista y escritor de relatos cortos, firmando en ocasiones con el pseudónimo de Owen Fox. En Gran Bretaña esos relatos aparecieron en el *Evening Standard* y en algunos otros periódicos y revistas.

Cuando en 1950 publicó *The Gentle Art of Book Collecting*, llevaba años coleccionando primeras ediciones. Publicó también *Henty's Hundred: a biographical study*, y, de hecho, las obras del escritor G. A. Henty se mencionan en *Muerte de un librero*. Quizá fuera precisamente la influencia de Henty lo que llevó a Farmer a escribir ficción infantil y juvenil, actividad en la que, entre otros trabajos, realizó contribuciones para el cómic *Eagle*. Además, se le atribuye la primera bibliografía, impresa de manera privada, de los escritos de Winston Churchill.

En 1952 dio una charla para la estación radiofónica BBC

Home Service (la actual Radio 4) titulada con socarronería «Los escritores tienen que comer», en la cual exponía la muy diversa serie de trabajos que había realizado para complementar la retribución más bien escasa de sus esfuerzos literarios. En alguna de sus otras charlas radiofónicas habló de sus siete años como policía.

En 1953 publicó su primera novela policial, *Death at the Cascades*, en la que aparecía por primera vez el personaje de Wigan, quien en ese momento tenía solo el rango de agente de policía. Tres años después se publicó el presente libro, mientras que *Murder Next Year* y *Once, and Then the Funeral* vieron la luz en 1958 y 1959, respectivamente, de nuevo con Wigan como protagonista. Farmer escribió también una serie de libros para lectores juveniles protagonizados por Tom Ward, el hijo de un policía que ingresa a su vez en el cuerpo, además de diversos escritos de no ficción. Su último trabajo publicado apareció en 1960 y, tras un periodo de declive en su salud y varias apoplejías, murió en Londres en 1964. Aunque Farmer nunca alcanzó el estatus de primera figura literaria, es un verdadero placer presentar *Muerte de un librero* a los entusiastas de los policíacos y los bibliófilos del siglo XXI.

## Nota de los editores en el Reino Unido

Las novelas y relatos originales reimpressos en la colección British Library Crime Classics se escribieron y publicaron durante un periodo que abarcaba, en su mayor parte, desde la década de 1890 hasta la de 1960. Estas historias contienen un gran número de elementos que siguen aportando entretenimiento y diversión a los lectores de hoy. Sin embargo, en algunos casos, también aparecen usos del lenguaje, estereotipos y ciertas actitudes expresadas por el narrador o los personajes que pueden no ajustarse a los criterios editoriales imperantes en nuestros días. Reconocemos, por tanto, que ciertos aspectos de las obras seleccionadas para su reimpresión podrían incomodar a algunos de nuestros lectores. Con esta serie de la British Library se pretende ofrecer a los nuevos lectores la oportunidad de acercarse a algunos de los libros menos usuales de nuestras colecciones en un asequible formato en tapa blanda, para que puedan disfrutar de sus méritos y tener una visión del mundo del siglo xx tal como lo retrataron sus escritores. No es posible separar estas historias de la propia historia de su escritura, por lo cual esta novela se presenta tal como fue publicada originalmente, con tan solo algunas correcciones menores efectuadas para favorecer la coherencia del estilo y la comprensión. Reci-

BERNARD J. FARMER

biremos con agrado los comentarios de nuestros lectores, que pueden enviarse a la siguiente dirección:

British Library Publishing  
The British Library  
96 Euston Road  
London, NW1 2DB  
United Kingdom

*El escenario de esta novela se sitúa en el mundo londinense del comercio de libros usados, pero las librerías y los personajes que en ella aparecen son ficticios.*

# 1

## Un nuevo pasatiempo

Existen muchos pasatiempos entre los policías. Se ha llegado a decir que, si necesitas alguna cosa, ya sea arreglar un grifo, pintar la casa o cultivar orquídeas, seguro que algún policía sabe todo lo que hay que saber sobre ello. Dado que su labor resulta improductiva para todo lo que no sea la ley y el orden (sin los cuales no podría desarrollarse ningún otro trabajo), a muchos policías les gusta usar las manos en su tiempo libre.

El sargento Wigan, como muchos otros, empezó con la jardinería. Después, viendo que no tenía demasiada buena mano con las plantas, pasó a la decoración de interiores y la talla de útiles de madera. Más adelante, cuando lo ascendieron a sargento y hubo de trasladarse al distrito policial de Sun, continuó con sus *hobbies*; pero, al constatar que aún disponía de algún tiempo libre, se inició en la confección de alfombrillas. Entonces, una noche de agosto ciertos acontecimientos pusieron en su camino el pasatiempo más interesante de todos.

Regresaba de su última ronda alrededor de las diez y cuarto de la noche cuando vio a un hombre tambaleándose en medio de la calle. Borracho, al parecer.

El sargento Wigan se apeó de la bicicleta.

—¿Va todo bien? —preguntó con cautela, pues en ocasiones quien parece borracho está en realidad enfermo.

El hombre, de unos sesenta años, tenía el blanco cabello en completo desorden. Volvió hacia Wigan unos ojos inyectados en sangre.

—Sí, sí. Es solo que he estado de celebración.

—Se diría que la celebración se le ha ido un poco de las manos —dijo Wigan.

—Un poquito, agente, pero no estoy tan mal. Puedo caminar y no causaré problemas. Eso se lo prometo, si me deja usted ir.

Wigan sopesó la situación. En general, un borracho no es un inquilino deseable en la trena, a menos que sea violento o no pueda valerse, y ninguna de esas dos condiciones parecía aplicable a aquel hombre.

—Camine por la acera —le pidió Wigan.

—Lo haré, agente. Vivo en Chelmer Square. No está lejos.

—Entonces lo acompañaré hasta allí.

Acompañar a casa a quien tiene una curda no forma parte de las labores policiales, pero a veces se presenta como la opción más sensata. Además, cuanto antes desapareciera aquel hombre de las calles, mejor. Así que Wigan pospuso su cena y, en la oscuridad, caminó empujando su bicicleta junto al hombre, quien estaba recobrando rápidamente la sobriedad y podía andar y charlar de modo razonable.

—Parece usted un tipo decente —le dijo—. Me llamo Fisk, Michael Fisk. Me gano la vida comprando y vendiendo libros raros, y hoy me he topado con el hallazgo de mi vida: el ejemplar del propio Keats de su poema *Endimión*, y con dedicato-

ria: «Del autor para el autor, John Keats, 1818». No se me puede culpar por celebrarlo.

—No —dijo Wigan—, pero debería tener cuidado si lleva mucho dinero encima.

—Ah, bueno, todavía no lo he vendido. Saldrá a subasta en Sotheby's. Pero se me ocurrió que podía tomar unos tragos. Normalmente bebo poco, salvo que sea té. ¿Quiere venir a mi casa a tomar una taza? Soy soltero. Me gustaría enseñarle mis libros.

Wigan aceptó. Chelmer Square era una plaza sin salida adyacente a la principal y bordeada de casas de sólida construcción.

—Este lugar es ideal para mí —apuntó el señor Fisk mientras abría la puerta del número diez—. Aquí cada uno se ocupa de lo suyo. —Hizo pasar a Wigan a su estudio y fue a la cocina a preparar el té.

A una mujer la casa le habría parecido en general sucia y mal cuidada; pero, en el estudio, los inacabables estantes de libros presentaban un orden irreprochable.

—Los libros son mi vida —dijo el señor Fisk al volver con el té—. Soy lo que llaman un corredor de libros. Voy de aquí para allá, a todos lados, haciéndome con las primeras ediciones que puedo encontrar para venderlas a otros comerciantes o, a veces, directamente a un coleccionista.

—Debe de ser un trabajo agradable y tranquilo.

—¿Usted cree? Llevo cuarenta años en esto y podría contarle algunas historias. Algunos tratantes y coleccionistas no tienen el más mínimo escrúpulo. Profanarían una tumba con tal de conseguir ese raro ejemplar que tanto desean. ¿Sabe,

sargento? Hay hombres, y también mujeres, que me asesinarían para hacerse con lo que he conseguido hoy y se quedarían tan campantes.

Wigan pensó que eso era una exageración, pero el hombre había despertado su interés. Pensó que también a él le gustaría coleccionar primeras ediciones. Se trataba de un pasatiempo erudito. Le avivaría la mente, en ocasiones embotada por la monotonía de la labor policial. Así se lo dijo al señor Fisk, quien le respondió al instante.

—Por supuesto. Creo que es una idea estupenda. Conozco a un guardia de prisiones que colecciona ejemplares de Kate Greenaway, una famosa ilustradora de libros infantiles. Me dijo que su trabajo le haría perder la chaveta si no tuviera otros intereses fuera de él. El coleccionismo de libros, sargento, es la ocupación más interesante del mundo. Nunca te cansas de ella. Nunca sabes lo que te deparará la suerte. Cada vez que te detienes en un puesto de libros antiguos y echas un vistazo, comienzas una nueva aventura. El coleccionismo de libros es... Pero, en fin, supongo que ahora ha acabado su turno y tiene ganas de regresar a casa. Vuelva a visitarme en otro momento y le daré algunos consejos.

Michael Fisk, dejando aparte sus contactos comerciales, era un hombre solitario, razón por la cual le agradaba ver al sargento Jack Wigan, quien adoptó la costumbre de visitarlo una o dos veces por semana para tomar una taza de té y, de paso, embeberse de lo que es o no es una primera edición. Pero eran muchas las lecciones que había que aprender.

En los laberintos de Sun, una ciudad que se remonta al siglo

XII, el sargento Wigan descubrió en sus días libres varios volúmenes que le parecieron valiosos. Le llevó a Fisk un baqueteado ejemplar con encuadernación en piel de becerro, para que le diera su opinión. Los dos hombres mantenían ahora una relación muy amigable, así que Wigan le dijo a Fisk:

—Echa una ojeada a esto, Mike. Tiene fecha de 1746. Estoy seguro de que es una primera edición.

Michael Fisk abrió cuidadosamente el volumen con sus dedos largos y finos. Examinó la página del título y dijo:

—Jack, voy a contarte una historia. Un corredor le llevó un libro a un famoso librero y le dijo: «Tengo aquí algo muy raro». «Sí —respondió el librero—, pero más raro será que encuentres clientes dispuestos a comprarlo».

—Entonces, ¿mi libro no tiene ningún valor?

—Ninguno en absoluto. Es un volumen de viejos sermones que en el mercado sería poco menos que invendible. Sí, tu libro es desde luego una primera edición, pero probablemente no hubo una segunda, por razones obvias. De todas formas, tú vuelve a intentarlo, Jack. Es lo que todos tenemos que hacer.

—Algo que me sorprende —dijo Wigan— es que se necesitan tantas agallas para ser corredor.

—Pues claro que se necesitan. La gente piensa en un coleccionista de libros y se imagina a un viejales senil con tembleque de piernas y medio ciego; pero en realidad ha de tener buena salud y, sin duda, buenas piernas y vista de lince, con o sin gafas. Y debe saber qué buscar. Echa otro vistazo a mis libros. Ahí está mi Keats; lo reconocerás si lo vuelves a ver: tiene lo que llamamos una encuadernación contemporánea,

en piel de becerro y oro. Es decir, que Keats le llevó el ejemplar del poema a un encuadernador y le pidió un tipo especial de encuadernación. Muchos autores hacen lo mismo con sus obras. Pero, por lo general, los coleccionistas prefieren la encuadernación original, sea cual sea.

—¿Como esta? —dijo Wigan, sacando de los ordenados estantes un volumen encuadernado en tela verde.

—Exacto. Ese libro es *Servidumbre humana*, de William Somerset Maugham. Otro libro que te conviene reconocer. La primera edición, de 1915, es casi inencontrable y valdrá ahora unas cuarenta libras.

Por completo absorto, Wigan fue pasando de un libro a otro. Al menos tenía buena memoria, algo necesario para un coleccionista de libros, según le dijo Mike.

—Por cierto, Mike —habló por fin—, mi esposa cree que te hace falta tomar una comida como Dios manda. Así que ¿por qué no te vienes a cenar el próximo domingo, que no estaré de servicio?

De pronto Mike se mostró bastante tímido.

—Bueno, dale las gracias a la señora Wigan, pero dudo mucho que mis modales sean lo bastante aptos para relacionarme en sociedad.

—Tonterías —replicó Wigan con rotundidad—. Pues claro que son aptos. Somos gente muy sencilla, aunque Mary es una cocinera de campanillas.

—Bien, ¿te importaría entonces si voy para el té? Normalmente me quedo en casa por las noches, porque los libreros suelen trabajar mucho a esas horas y a veces alguno me llama y me compra un libro que necesita para un cliente.

—De acuerdo, para el té entonces. Pero prepárate para el té más abundante que hayas tomado nunca.

El té fue todo un éxito y Wigan y Fisk se convirtieron en buenos amigos.

—Lo cierto, Jack —dijo Mike una noche—, es que estoy haciendo mis incursiones en el ocultismo, en el mundo de lo místico y sobrenatural, y poseo ya cierta cantidad de viejos y raros volúmenes sobre el tema. Incluso he tratado de invocar al demonio.

—Una afición peligrosa —dijo Wigan.

—Es probable, sí, y no quisiera arrastrarte a ella. Pero la demonología es absolutamente fascinante.

—Conozco casos en los que una simple sesión espiritista ha terminado en desastre —replicó Wigan—. Los libros de demonología deberían quemarlos.

—Y hace años los quemaban; el verdugo lo hacía. Pero no pudieron deshacerse de todos. De todas formas, como he dicho, no quiero meterte en esto. Vamos a echar un vistazo a algunas otras primeras ediciones más modernas. En este momento, Kipling se cotiza bastante a la baja. Y otro tanto ocurre con H. G. Wells. Pero a Chesterton y a Belloc valdría la pena tenerlos, y te conviene buscar primeras ediciones de G. A. Henty, porque los norteamericanos las coleccionan, y si te topas con primeras de alguna obra temprana de lord Dunsany, como *Los dioses de Pegana*, te saldrá a cuenta comprarlas.

Nunca hubo que fuera más generoso que Mike Fisk. Seguramente tenía su lado oscuro y quizá celebrara algunas vigilias impías intentando invocar al diablo con ayuda de algún antiguo volumen de letra gótica, pero poseía un instinto

caballeroso que le impedía mostrar esas facetas a un amigo.

—Tengo mucho que agradecerte, Mike —dijo Wigan.

—¡Pamplinas! —contestó Mike, y esa fue la última palabra que Wigan oyó pronunciar a su amigo. El siguiente martes por la noche, que Wigan tenía libre, se dirigió batallando contra un viento y una lluvia impenetrables a casa de Mike para mostrarle una primera edición de lord Dunsany adquirida en una ciudad vecina. Al llegar, se encontró a Mike muerto.